

 Ediciones Esangui



BATA
MALABO

Guinea
Escribe VII

GUINEA ESCRIBE VII

EDICIONES ESANGUI

CERTAMEN RELATO CORTO CCEB-CCEM 2022

CERTAMEN RELATO CORTO CCEB – CCEM 2022

GUINEA ESCRIBE VII

GANADORES BATA Y MALABO 2022



BATA
MALABO

VII Certamen de relato corto Guinea Escribe 2022



www.ccemalabo.es
Facebook: @cce.malabo
Twitter: @CCEMalabo
Instagram: @CCEMalabo
Youtube: @CCEMalabo

www.ccebata.org
Facebook: @CCEBata
Twitter: @CCEBata
Instagram: @CCEBata
Youtube: @CCEBata

Derechos

©De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

©De los textos: sus autores

©De las imágenes: sus autores

Créditos

Corrección de estilo y texto: Grimaldo Eko Ndjoli

Maquetación: Eyi Nguema Mangue

Ilustraciones: David Sako Go, Gerson Luis Elé Bengono Rondo, Jaime Obama

Mofuman, Sergio Félix Monsuy Okomo y Virgilio Flores Esono Ngonga Mikue

Coordinación: CCEBata y CCEMalabo

Biblioteca Digital de la AECID (BIDA): <http://bibliotecadigital.aecid.es>

NIPO impreso: 109-22-073-6

NIPO en línea: 109-22-074-1

Catálogo general de publicaciones oficiales: <https://cpage.mpr.gob.es>

Nota previa

“La Fundación Martínez Hermanos otorga el Premio Literario Fundación Martínez Hermanos como parte del Certamen de relato corto Guinea Escribe”.

Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas. Entre las que se encuentran la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Edición no venal

ÍNDICE

Capítulo	Página
Índice	03
Prólogo	05
I. El Mejor de los Mundos Posibles.....	09
II. A Dos Milímetros de Distancia	21
III. Cielos Tenebrosos de Marzo	29
IV. ¿Sexo? ¿Y eso qué es?.....	41
V. Maldiciones en Cadena.....	49
VI. El Destino de Ania	59

GUINEA ESCRIBE VII

PRÓLOGO

Permíteme tutearte, apreciad@ lector@.

Y con ello invitarte a pasear por este apasionante y estimulante mundo de la ficción literaria en la que vivir es la mayor de las aventuras y crear y disfrutar son unas de sus varias finalidades.

En esta entrega, disfruta paseando por este mundo de la literatura donde puedes visitar lugares sin salir físicamente de tu rincón de comodidad; sin embargo, puedes desplazarte como lector, acompañando al autor, en las realidades que crean para ti, afortunad@ lector@.

Esta vez, los Centros Culturales de España en Bata y Malabo, como desde hace varias décadas, te ofrecen una oportunidad para que disfrutes de unas obras literarias cortas, de lectura amena y temas excitantes que, mayormente, afectan a la sociedad guineoecuatorial, pero también del entorno *extraguienano*. Además de estos temas, te sumergirás también en mundos en los cuales vivirás experiencias nuevas, descubrirás motivos sorprendentes y harás tuyas las vivencias que experimentan los personajes con quienes, además, empatizarás, compartirás alegrías, euforias, tristezas, miedos, y con quienes te identificarás. Y esa es la grandeza de la literatura.

Varios, muchos más que pocos, de l@s escritor@s de la literatura guineoecuatorial han

tenido sus primeros escauceos como autores publicando sus obras noveles en las revistas ya tradicionales *Africa 2000* o *El Patio*, revistas ambas del entonces Centro Cultural Hispanoguineano, predecesor del actual Centro Cultural de España en Malabo, y han logrado alzar el vuelo por el rigor, exigencia, competitividad que les han imprimido calidad y, por otro lado, por el apoyo recibido desde esta casa entre cuyos objetivos está potenciar la producción literaria de calidad y enriquecer la literatura guineoecuatoriana facilitando la publicación de obras con proyección.

¿Y por qué no formar parte de ese grupo selecto (no reducido) de personas que vayan a leer las obras más selectas del VII certamen literario?

Razones, estimad@ lector@, tienes varias: si ya leíste las obras publicadas en las anteriores entregas y te parecieron de calidad, como no puede ser de otra manera, esta vez, con la séptima edición de Guinea Escribe (Guinea Escribe VII) tienes una buena excusa para seguir enriqueciéndote en varios aspectos: léxico, gramática, expresiones; disfrutar de diferentes contextos comunicativos, saber de otras modalidades de nuestra lengua oficial; conocer a personajes, estrafalarios o no, lugares exóticos o propios, tiempos inmemoriales o actuales y tradiciones de culturas propias y extrañas porque, acaso, ¿no es eso la literatura? Como verás, un elenco de escritores noveles cuyas obras seguirán llenando las páginas de estas ediciones y cuyos personajes enriquecerán tu mundo porque como lector, siempre estarás en contacto con ellas

de alguna o de otra manera. Si no, ¿cuántas veces no has deseado ser como este o aquel personaje de ficción?, ¿no has reproducido alguna expresión leída en una novela, poema o drama cuyo comienzo te ha parecido “normalito”; sin embargo, a medida que has avanzado en su lectura ha ido despertando tu curiosidad?

Al igual que la literatura, la vida tiene episodios interesantes que nos gustaría volver a revivir, la diferencia con la literatura es que en ésta puedes volver a revivirlos cuantas veces te plazca, puedes volver a ser “coautor” repitiendo el menú de la carta.

Basta ya de ser un mero receptor pasivo de literatura a base de comentarios y clasificaciones de clubes y editoriales que te ofrecen obras literarias a la carta a partir de los gustos de otros y sé pionero en consumir literatura partiendo de tu propia iniciativa; pasa ya a ser quien toma la iniciativa y la decisión de leer las obras por las que apuestas y con las que te enriqueces o a las que censures, si fuera el caso.

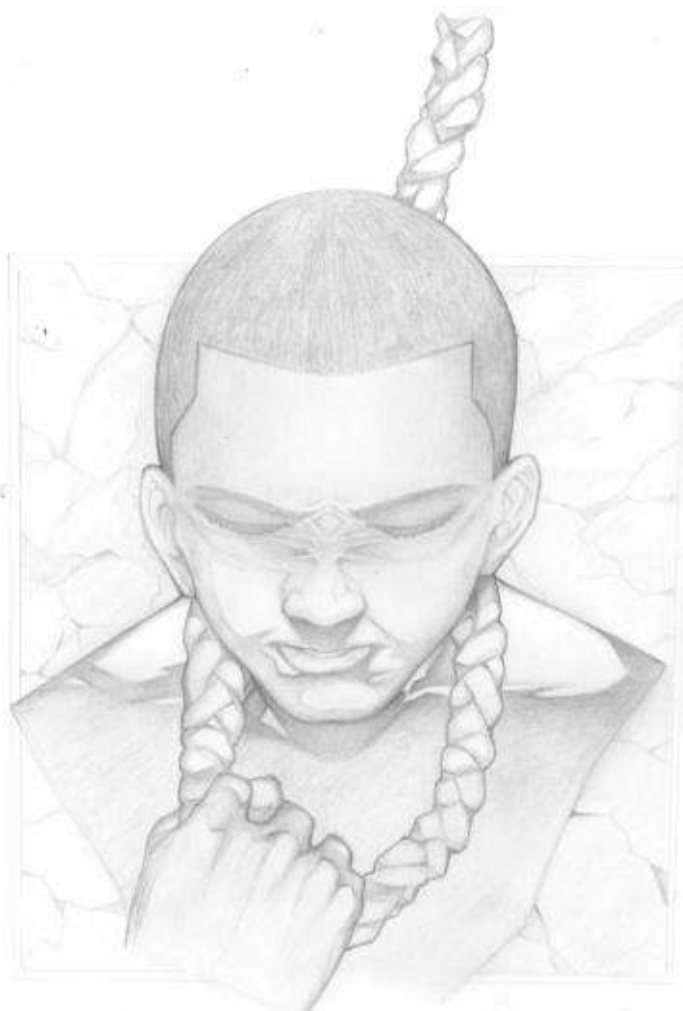
Allí está la riqueza de la literatura: es lengua, es cultura, es folklore, es religión porque, aparte de lo arriba dicho en lo relacionado con la riqueza lingüística, lo fantástico cobra en lo literario visos de realidad tangible dando la impresión de compartir con los personajes, vivencias reales y balbuceando expresiones de asombro, de tristeza, de euforia y alegría; de emoción con el mundo que rodea a los personajes en el que, sin darte cuenta, te adentrarás de manera sugestiva llevad@ por el

disfrute que te provocará la lectura de estas diminutas joyas literarias.

Podría decirte más razones por las que te recomiendo disfrutar de estas obras, sin embargo, profiero que tú mism@, como Román Sampedro, disfrutando, a vista de pájaro, del paisaje que le ofrecen las blanquísimas playas de su queridísima Galicia, en *Mar adentro* de Alejandro Amenábar, degustes un “menú” literario como el que tienes en tus manos y, ¡que aproveches!

EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES
ROMARIO EBANG EBANG NCHAMA

PRIMER PREMIO, BATA



Atrapado en el comedor, contemplo absorto el final de otra *pele*, la tercera en lo que va de la noche. Una bocanada de aire me ataca desde el ventilador devolviéndome súbitamente a la realidad, me levanto confuso del sofá con la acostumbrada ración de desánimo. La *pele* ha sido buena, me digo a mi mismo en susurros mientras me dirijo a mi habitación pensando en las cosas que hacía Jaden Smith; ver, por fin, “Toda una vida en un año” me alegra, pero, por otro lado, pasa lo de siempre: la astilla que se clava en el alma al salir de enfrente de la *tele* y reconocer que solo he visto una historia más que nunca será la mía. Me meto en la mosquitera, miro el cielorraso esperando poder cambiar de idea, cierro los ojos a la espera de una señal y ... nada. Entonces, tomo la decisión: mañana me quitaré la vida.

Camino rápido bajo el suave sol del amanecer. Aunque sepa que no quiero, resulta que mi mente ya conoce la razón de salir de casa en un día así y a esa hora, lo cual hace que mi voluntad guarde silencio mientras mi cuerpo recorre el camino al colegio con la precisión con la que un anciano tararea una vieja nota. Mientras paso por el cruce de Eyang veo como un hombre alto y regordete se lleva a su hijita a cuestas; ¿estará contento de cargar con ella?, me pregunto mientras echo una mirada al otro lado de la calle. Veo a Angélica, mi compañera de asiento, está como en todas las mañanas lectivas metida en una negociación con sus hermanitos; según me dijo,

intentando convencerles de que emplear los 200 FCFA que le tocan a cada uno en comprar una ración de buñuelos es mejor idea que gastarlos en caramelos. Levanto la mano para saludarla. Ella me devuelve el saludo con energía y añade una señal con los dedos. La capto en seguida: es el código de *nos vemos delante*. Elevo el dedo pulgar en señal de *recibido*.

Ya en el patio escolar, Carlos, un tío del vecindario que está en mi sala, me choca la mano.

—¿Cómo estás, tío? —me pregunta mirándome a la cara.

Me gustaría responderle. Aprieto los puños para escupirle toda mi mierda. Siento que no quiero seguir viviendo, es como si el ardor del sol de mediodía estuviera quemándome mientras una pared colocada justo enfrente estuviera impidiéndome el avance, y yo, totalmente agotado, me negara a rendirme, sin embargo, tampoco tuviera fuerza para atravesarla. Y allí, atrapado en el limbo de mis oscuros futuros posibles, sueño con que “en el mejor de los mundos posibles” otra situación fuera la mía y la mía, la de otro. Esto es lo que mi corazón grita a todo pulmón, pero mi lengua se niega a transmitir el mensaje a Carlos. Con un apretón de manos, le contesto:

—Estoy bien.

—Me alegro —me dice mientras me suelta y se dirige hacia el grupillo que está a unos metros bajo el árbol de mango esgrimiendo cada uno sus argumentos sobre quién podría ganar un cuerpo a cuerpo entre “San Chi” y “la Pantera negra”.

No tengo nada que decir, y tampoco me apetece, así que me meto en el edificio del colegio.

—Buenos días. Hoy vamos a hablar del Renacimiento —dice Martín.

Su voz, tan aguda como desagradable, suena hasta los confines de la sala. Camina con las manos en la espalda mientras nos explica la etimología de la palabra renacimiento. Nos señala las diferencias fundamentales que hay entre este arte y el medieval, menciona personas clave de aquel momento mientras se pasea por la sala celebrando su concisa explicación con ademanes que hacen vislumbrar su orgullo.

—¿Alguna pregunta? ¿Aportación? —nos inquiere al terminar.

Lanza una última mirada antes de centrarse en la botella de agua mineral que tiene ya abierta sobre su mesa, lugar hasta el que las olas de su explicación lo han arrastrado. Tiene el libro abierto y, sin mirarnos,

—¡Veo que sois tan tontos que ni podéis hacer una pregunta! —espeta con una frialdad espeluznante.

Al mirar a mi alrededor percibo como cada uno encaja a su manera aquella ofensa. El silencio es la capa que rodea el interior de la sala. Ceños fruncidos, bocas abiertas, miradas amenazantes, “corazones levantados”, pero no hacia el Señor. Toda esta energía negativa crea un monstruo que me elige a mí como profeta. Me levanto de un salto dispuesto a hacer no sé muy bien qué, el corazón

me late a mil por hora, Martín me está mirando directamente.

—¡Tonta su madre!

EL primer disparo de mi ataque quirúrgico contra el profesor me sale sin esfuerzo, en un flash. Deseo poder viajar en el tiempo y cambiar mis palabras, pero caigo en que detener algo intangible y que va a trescientos cuarenta y tres metros por segundo no ocurre ni en el país de las maravillas. Al ver que es imposible cambiar lo que he dicho, continúo con mi ofensiva.

—¿Quién se cree usted que es? ¡Puñetero cabrón! —golpeo la mesa para acentuar mi enfado. Me detengo y respiro, todos me están mirando—. Viene usted aquí al Colegio Mitogo cuando quiere, porque es un colegio público y los directivos no le exigen —le digo con toda la violencia—. Mientras que en Nuestra Señora de Nazaret usted ni llega tarde. ¿Y ahora tiene la osadía de insultarnos?

Sigue callado, lo que interpreto como signo de su rendición incondicional. Se mueve hacia la puerta, creo que para cerrarla porque alumnos de otras salas se están aglomerando allí. He perdido el miedo y sé el porqué; no me importan las consecuencias. He dicho todo cuanto pensaba y no tengo más que añadir. Veo como una enorme gota de sudor va esquiando sobre la mejilla del profesor, creo que está nervioso o a punto de decir algo, pienso; pero estoy tan cabreado que oír su petulante voz solo podría conducir a una escalada del conflicto. Así que cojo mi mochila y salgo rápidamente de la sala dando un portazo.

Estoy sentado en el suelo de mi habitación, la búsqueda de amparo me ha llevado a probar suerte con la puerta, con mi cabeza apoyada en ella y sentado en el suelo, disfruto de su sustento físico, pero algo en mí desea que “en el mejor de los mundos posibles” una puerta pueda aportar también apoyo moral. Llevo cinco horas aquí dentro y han pasado seis desde mi altercado con Martín.

Me pregunto si mi madre habrá encontrado la carta de suicidio que he dejado en su bolso. Sé que me da igual, del mismo modo que sé que mi indicador de estupideces ha alcanzado hoy máximos históricos.

—¿Estás aquí?

—Sí —contesto al reconocer la inconfundible voz de mi madre.

Salgo del cuarto y me dirijo al comedor para abrir la puerta. Llevo diez minutos siguiendo el telediario. Mamá está comiendo con papá, que ha vuelto hoy de su viaje a Malabo. Los miro de reojo intentando leer su lenguaje corporal para saber si están al tanto de mi altercado con Martín. Tiene sentido que mamá no haya visto la carta, pienso; pero me sorprende que el colegio no haya llamado para informar sobre lo ocurrido. También veo como su cena se reduce a una coreografía de movimientos falsos. Mi padre parece comer con ganas, cuando sé que odia la comida rápida, que es lo que hay para cenar; cada vez que tiene que tragar veo como pone una mueca de asco. Mamá lo odia, y yo les odio a los dos. Su matrimonio ha durado diecisiete años; ahora se reduce a una derrotada

unión que alcanzó su ocaso el año pasado, y esta familia, si es que a esto aún se le puede llamar así, ya no es ni una brizna de lo que una vez fue. Mi madre le culpa a mi padre, y yo les culpo a los dos. Los dos están seguros de que ya no quieren estar juntos, pero no se lo cuentan a los abuelos ni a los demás familiares ni a los vecinos ni a un juez; me lo cuentan a mí, cada uno en su momento y evocando el argumento que, según entiendo, para ellos convierte su opinión en la verdad de las cosas: “si es que aún soporto esto es por ti”. Compensan su falta de comunicación pidiéndome información sobre los movimientos del otro, así es como su guerra fría me ha convertido en agente doble.

Salgo de la cocina con una botella de lejía, me llevo la muerte a mi habitación y planeo de nuevo cómo ella y yo seremos uno. Concluyo que mañana, después de clase, me la beberé y será éste el final de todo.

El cole siempre está animado por las mañanas, alumnos que entran en el edificio nada más llegar. Otros reunidos en grupillos comentando la *pelí* de anoche y otros metidos en discusiones estúpidas sobre fútbol.

Con un poco de atención uno descubre quienes viven algo mejor que otros, ya que unos vienen en coche familiar, otros en taxi y algunos, como yo, a pie. Lo echaré de menos, me digo en un tono casi inaudible.

Parado en mitad del patio veo cómo una banda de chicas se acerca a Mónica. Está sentada

plácidamente en uno de los bancos situados a unos metros del campo de fútbol, ella es una chica de segundo de bachillerato ciencias, la tía más guapa y popular de todo el colegio, su melena lacia tiene un efecto hipnótico, su cuerpo idílico y sus ojos verde esmeralda hacen de ella todo un argumento a favor de la existencia de Dios. Le lanzo una mirada furtiva y, como si la hubiera sentido, se gira y mira hacia mí. Me asusto, la miro de nuevo y me quedo helado; no solo me está mirando, sino que se aproxima y no viene sola. En menos de quince segundos están ante mí.

—Buenos días, Pablo —me saluda en un tono demasiado cordial.

—Muy buenas —respondo entre temblores y tartamudeos.

—Iré al grano —me dice mientras se guarda el teléfono en el bolsillo trasero de la falda—. He oído lo de tu incidente con el profesor Martín, quería darte las gracias.

—Fuiste muy valiente —dice su amiga Elena desde atrás, aunque sin apartar los ojos del móvil.

El resto de su aquelarre me mira con curiosidad, como si yo fuera don Quijote o algo así.

En el aseo del cole, sentado sobre el retrete, jugueteo con mi bolígrafo mientras coqueteo con la idea de clavármelo en una vena y abrirme en canal. Sonrío al descubrir lo mucho que me atrae esta idea, la verdad es que hay cierta belleza en decidir uno mismo cómo y cuándo morir, pienso. Pero

antes debo acabar mi pleito con Martín, me digo al salir del baño.

Al entrar en la sala me dedican una gran ovación. Resuelvo que no está mal para ser el último día de mi vida mientras les doy las gracias. Mi sala tiene ahora los ánimos más caldeados que los gladiadores de la casa de *Battiato* y, sin duda alguna, me han elegido como su campeón. En medio de los aplausos, las sonrisas y las palmaditas en la espalda siento algo que no había experimentado nunca: APOYO.

La puerta se abre y todos guardan un absoluto silencio. Aunque me gusta que todos estén pendientes de mí y, por vez primera ser el protagonista, me siento tentado a decirles que no se preocupen, que no solo no me afectará lo que decida el director, sino que de aquí a poco estaré en un mundo mejor. Pero, por miedo a que alguien intente salvarme, decido no hacerlo.

Sigo a la señora Begoña, la secretaria del colegio que, en situaciones muy concretas, hace de emisaria del director. Ha venido a convocarme y, al parecer, a escoltarme hasta la puerta de la dirección. Mientras atravesamos el pasillo contemplo como los compañeros salen de sus aulas para aplaudirme. ¡Así que esto es lo que se siente al estar en medio! Pienso mientras camino detrás de la señora Begoña.

Ya en la dirección, veo al imbécil del profesor Martín sentado y envuelto en lo que parece su mejor traje. El director, Javier Engó, está de pie junto a su mesa, de espaldas a nosotros y con

la mirada absorta en una foto enorme de Nelson Mandela colgada en la pared.

—Buenos días —nos dice mientras se da la vuelta—. Les ruego que sean breves —asevera parsimoniosamente al sentarse.

El director Engó ha demostrado ser un hombre honorable. Creo que si Mandela pudiera salir de su foto sería para darle un abrazo. Como esperaba, me ha expulsado, pero ha expulsado igualmente a Martín. Nuestro incidente y las acusaciones de quince alumnos en más de cinco aulas han contribuido a ello.

El director, quizás viendo que me quedaba con la duda de por qué no estaban mis padres allí, me ha dicho que les llamaría para explicarles todo.

Estoy ahora yéndome a casa *embocadillado* en el asiento trasero de un taxi cutre, dándole vueltas a todo lo sucedido en estos últimos dos días. Los compañeros ni se fijaban en mí, aparte de Angélica y Carlos, ahora todos me conocen. Concluyo que la causa de todos los acontecimientos ha sido mi valor; por él me enfrenté a Martín hasta lograr que lo echaran ganándome así el respeto de los compañeros, porque valgo.

A veces hay que romper el silencio sin importar las consecuencias, por eso no puedo suicidarme, ya no. Debo enfrentarme a mis padres y contarles cómo me afectan sus problemas, porque si no lo hago nunca cambiarán.

GUINEA ESCRIBE VII

A DOS MILÍMETROS DE DISTANCIA
MARÍA DEL CARMEN EPATA OPO

PRIMER PREMIO, MALABO



Corrimos calle abajo, las dos agarradas de la mano para que ninguna se quedara atrás. Miré a Marta. Su rostro desencajado me dijo que estaba muy asustada mientras las gotas de sudor corrían por sus mejillas. Conforme avanzábamos, la avenida se hacía más larga. Parecía que nunca llegaríamos al final de ella, donde se encontraba el cuartel de la policía. Detrás de nosotras, Manuel, apuntándonos con un arma y con un cuchillo en sus pantalones. Eran las cinco de la madrugada y en la calle solo se escuchaban nuestros pasos acelerados y nuestras fuertes respiraciones. Cuanto más rápido corríamos, más rápido corría Manuel, con su rostro enojado y con el cuchillo desenfundado. Corríamos por nuestras vidas, pero nuestras piernas comenzaban a flaquear después de quince minutos de persecución y ansiedad. Callejeábamos, nos escondíamos, pero siempre nos encontraba.

Manuel no podía aceptar que mi corazón perteneciese a Marta. Mi madre nos había arreglado un matrimonio a Manuel y a mí, pero yo no podía soportar la idea de tener que amar a otra persona que no fuese Marta. Manuel ya sabía que ocurría algo extraño. Pasaba mucho tiempo con ella, le hablaba de ella y teníamos una conexión que Manuel y yo nunca llegaríamos a alcanzar. Mi madre sabía que la amaba, pero cuando se enteró me dijo, entre llantos de enfado e impotencia, que ya no era su hija; que me entregaría a Manuel y mi familia se olvidaría de mí para siempre. Eso me dolió más que clavarme un puñal en el vientre. Mi

propia madre, con la que tanto había disfrutado y vivido, la misma que me crió sin mi padre, que falleció por un tumor en 1990. Mi madre, mis hermanos y yo soportamos el dolor juntos cuando se fue de nuestro lado. Y, ahora, cinco años más tarde, por amar a una persona, todo eso caería en saco roto.

Mi cabeza daba vueltas entre mil y un pensamientos mientras corría: ¿qué iba a ser de nosotras? ¿Qué iba a ser de mi familia, deshonrada por mi culpa? ¿Qué íbamos a hacer Marta y yo...? ¿Todos estos años huyendo de miradas críticas y curiosas para terminar muertas en una avenida? ¿Qué pasaría si lo denunciábamos a la policía? Seguramente nos juzgarían o nos propinarían una paliza. Lo miráramos como lo miráramos, nuestro fin no era agradable. Teníamos planeado salir del país, huir de todas las personas que nos conocían, de nuestros amigos y de nuestra familia para vivir la vida que queríamos. No nos importaba si conocíamos el idioma, si conseguíamos trabajo o si nos perseguían allá donde fuéramos. Solo nos importaba estar juntas, vivir juntas y morir juntas.

Supimos que éramos la una de la otra cuando una mañana, en la granja detrás de mi casa, estaba dando de comer a los animales y entró Marta, como cada día, a ayudarme con las tareas. Ese día la noté diferente, más cercana de lo normal. Me abrazó por detrás, rozando su suave melena castaña con mi hombro pálido y descubierto, apoyando sus brazos morenos en mi cintura y con sus labios suspirando

aliento en mi cuello desnudo, ya que tenía el pelo recogido con trenzas. Cuando me giré, nuestros labios estaban a dos milímetros de distancia. Sus ojos marrones acaramelados se posaron sobre mis ojos verdes. Su mirada era serena y decidida, mientras que la mía era inocente y temerosa. Recorrí su rostro con mis ojos hasta llegar a sus carnosos labios, me puse de puntillas y, sin titubear, Marta posó su boca sobre la mía, dándome el beso más tierno y delicado que me habían dado nunca. De repente, cuando Manuel entró en la granja y nos descubrió con nuestros labios unidos. Se echó a correr emitiendo un grito de enfado. Nosotras nos separamos inmediatamente y volvimos a las tareas sin decir palabra alguna. Cuando casi estábamos acabando, mi madre entró en la hacienda, con la cara roja de enfado y llena de lágrimas. Se acercó a nosotras rápidamente junto a Manuel y se puso delante de Marta. Ella no se dejó intimidar, así que se recompuso y mantuvo la cabeza bien alta. Cuando iba a abrir la boca para soltar palabras que calmasen a mi madre, ésta le dio un bofetón a Marta, dejándole la cara roja. Me miró, decepcionada, volvió su mirada a Marta y nos escupió a los pies. Justo cuando iba a reaccionar, mi madre me dio otra bofetada a mí y me agarró del brazo, furiosa. Con los labios semiabiertos, le dijo a Marta, con tono despectivo, que nunca más se acercara a mí. Me tiró del brazo y me llevó dentro de casa.

Cuando salimos de la granja, miré hacia atrás y vi que Manuel le estaba dando una paliza a

Marta, pero ella se mantenía impasible, hasta que escuché gruñidos de dolor. Lloré y grité que parara, pero cuanta más resistencia oponía, más fuerte me agarraba del brazo mi madre y más fuerte le pegaba Manuel a Marta. Entré en la casa y mis hermanos no me dirigieron ni una mirada; ya no existía para ellos. Excepto el menor de ellos, Alejandro, que tenía cuatro años y no sabía qué estaba pasando. Yo, con mi tristeza e impotencia, le dediqué una última y frágil sonrisa. Mi madre, sin decir nada, cogió una maleta, la tiró a mi cama, me empujó hacia el dormitorio y cerró la puerta con llave. Dediqué unos minutos a llorar y el resto del tiempo a hacer la maleta. Si no me querían en su casa, me iría de ella. Cuando terminé de hacer la maleta, escapé por la ventana y me fui, sin ver nunca más a mi madre o a mis hermanos. Lo sentía más por el pequeño Alejandrito que por cualquiera de los demás.

Me dirigí a la granja, donde le habían dado la paliza a Marta. Y allí estaba, ensangrentada y tirada en el suelo, sola. Corrí hacia ella mientras me sacaba un pañuelo de la falda. Me reconfortaron su sonrisa y sus ojos, que me transmitían que estaba bien. Con mi pañuelo, le retiré la sangre del labio y la nariz partida, aunque seguía sangrando. Cuando se recompuso y vimos que ya estaba mejor, salimos de la granja y nos encontramos a Manuel con la pistola de su padre. Nos dio tres segundos de ventaja para salir corriendo. Él se tomó esto como un juego, y nosotras caímos en su trampa.

Estábamos a punto de alcanzar el cuartel de la policía cuando los amigos de Manuel aparecieron, dejándonos sin salida. Pero Marta me cogió del brazo y me tiró hacia un callejón. Corrimos, atravesando el callejón, tropezando con las piedras del suelo y los bajos de mi falda. Nosotras seguíamos huyendo, con unos diez hombres detrás de nosotras, entre los que se encontraba Manuel, hasta que nos topamos con una pared. Ese callejón resultó no tener salida. Nos giramos bruscamente y chocamos con diez sonrisas macabras. Se empezaron a burlar de nosotras conforme se acercaban, mientras nosotras nos apretábamos las manos en señal de fuerza y valentía, aunque estuviésemos asustadas hasta los huesos. Se acercaban más y más, hasta que uno de ellos me dio un puñetazo tan fuerte que me tiró al suelo. Marta reaccionó y le arañó la cara. “¡Hija de perra!” Exclamó.

La puso contra la pared, le bajó los pantalones con ayuda de otros cuatro hombres y comenzó a violarla delante de mis ojos. A mí, mientras lloraba, me hacían lo mismo. Los vecinos no salían a pesar de nuestros gritos, llantos, insultos y gruñidos de impotencia. Manuel y otro hombre sacaron sendas pistolas después de dejarnos tiradas en el suelo, violadas y torturadas. Manuel me puso la pistola en la nuca mientras su amigo hacía lo mismo con Marta. Las dos nos miramos, con los ojos inundados de lágrimas. Sabíamos que nuestro sueño de vivir juntas no iba a cumplirse, pero puede que el de morir juntas sí, aunque no de la

forma que esperábamos. Ambas extendimos los brazos para poder coger la mano de la otra, pero dos hombres nos pisaron las muñecas, deteniéndonos, quedando a dos milímetros de distancia la una de la otra. Manuel me amenazó y me dijo que podía casarme con él si renunciaba a Marta. Acumulé saliva en mi boca y le escupí a los zapatos. En ese momento, dispararon a Marta en el cuello. Yo me defendí y me retorcí gritando su nombre, con los ojos llenos de lágrimas. No paré de gritar su nombre hasta que recibí un tiro en la nuca. Vi como el grupo de hombres se marchaba, dejándonos tiradas en el suelo, indefensas, desnudas y desangrándonos. Hice todo el esfuerzo que pude para poder tocar por última vez la mano de Marta, para poder sentir su calor y su serenidad a través de su hermosa piel. Vi como los ojos de Marta me miraban y, poco a poco, perdían su brillo hasta desaparecer. No dijimos nada, pero nuestras miradas pronunciaron nuestras últimas palabras: “te amo”. Cerré los ojos y nunca más los volví a abrir, muriendo desangrada.

Dedicado a todas las víctimas de homofobia, xenofobia, racismo, machismo y otros tipos de violencia.

CIELOS TENEBROSOS DE MARZO
JOSÉ ANTONIO ELÁ ENGUANG

SEGUNDO PREMIO, BATA



La cuarentena fue uno de los eventos que marcaron la diferencia entre el 2020 y los años pasados. Empezó en marzo. Ese fue un periodo completamente nuevo para mí, acostumbrado a pasar parte de mi tiempo fuera de casa. No tuvo que correr mucho tiempo para que se notara el cambio: ahora solo salía si era estrictamente necesario (puede que ese dato no sea del todo cierto), mi madre había hecho de la cocina un laboratorio del que surgían nuevas recetas de comida, así como diversos remedios caseros “que lo curaban todo”... Cuando se acabó la cuarentena habían pasado cinco meses. Daba la impresión de que te podías encontrar con el virus a la vuelta de cualquier esquina, tal vez, por el hecho de ver a todo el mundo con la mascarilla puesta. Parecía que lo más peligroso que podía pasarle a alguien en aquellos días era dar positivo en una prueba del virus. Entonces llegó el 7 de marzo del 2021.

Tal vez mis recuerdos de ese día se han simplificado un poco con el paso del tiempo, pero recuerdo perfectamente las diversas sensaciones que pude experimentar cada segundo de aquel domingo. El reloj marcaba las 13:30 h poco antes de que todo empezara. No recuerdo cómo se veía el cielo en ese momento porque no le di importancia. Había pasado casi una hora desde el final del culto y estábamos varios jóvenes reunidos dentro de la iglesia, haciendo planes para una actividad. Fue justo en ese instante cuando sentimos un estallido tan intenso que se pudo notar cómo vibraba toda la iglesia, de tal modo que una de las tablas de

contrachapado del falso techo cayó con gran fuerza sobre uno de los jóvenes. Todos los demás se movilizaron, alejándose del hueco que había quedado al descubierto en el techo. Pensé que un rayo había caído en el tejado, porque el estruendo se produjo tan cerca (y con tal fuerza) ... El sonido fue tan penetrante que se sintió como si hubieran reventado nuestros oídos. Y me preguntaba qué acababa de pasar. Mi corazón latía con fuerza, como si fuera el bombo de una batería. Aturdido, miré a mi alrededor. Afortunadamente, todos estaban ilesos. Pero algunos lloraban en tanto que corrían en busca de alguien a quien aferrarse: su mejor amigo, su tío, su hermano mayor, alguien con fuerza... Entre todo ese barullo, algunos llamaron la atención de los demás mientras señalaban llorando hacia afuera. Una densa nube de humo que se elevaba lentamente había aparecido, como de la nada. Su tamaño ya era descomunal, amenazaba con ensombrecer la luz dorada del sol si seguía creciendo. Al verla, algunos niños se refugiaron entre los bancos. Otras personas se quedaron petrificadas, sólo de contemplar esa monstruosidad. Esa gran columna de humo era parte de la respuesta a nuestra pregunta... y seguíamos sin entender qué había pasado. ¿Sería un accidente de tráfico? ¿Qué otra cosa podía ser si no? ¿Una bomba? ¿Nos estaban atacando?

Durante un tiempo se recuperó la calma, lo suficiente como para que se revisaran todas las paredes de la iglesia por fuera y algunas casas cercanas. Descubrimos que la mayoría de ellas

habían sido afectadas igual o peor que nuestra iglesia, con ventanas rotas. Los más arriesgados decidieron acercarse a la zona de la que seguía fluyendo el humo que ya comenzaba a disiparse a medida que ascendía. Los demás trataron de proseguir con las cosas que hacían antes de que empezara todo. Algunos hicieron bromas sobre lo ocurrido para aliviar cierta tensión. Quizás por eso el segundo estruendo nos dejó igual de conmocionados que el primero. Esta vez había salido para guardar el proyector en la oficina de la iglesia. Del susto casi se me cae de las manos. Pude sentir cómo vibraban las paredes, el suelo, ... Fue un temblor corto, pero lo bastante fuerte como para que se estremeciera todo ser que pudiera notarlo. Ya no había duda: eran misiles. En seguida comprendieron todos que no era seguro quedarse dentro de la iglesia, así que salieron al patio mientras veían cómo una segunda columna de humo se elevaba.

Pocos segundos después se produjo una tercera deflagración. En el rostro de todo el mundo se percibía desesperación, miedo, tristeza... Una parte de mí se negaba a creer que lo que estaba experimentando fuese real. La otra parte ya era consciente de lo auténtico que era, pero quería que no lo fuera, que sonara el despertador de mi móvil para que se acabara la pesadilla y me encontrara a salvo, en mi cama... Por desgracia, esta pesadilla era más real que las películas que habíamos visto alguna vez. La angustia de aquellos que, con los ojos aguados, veían esas gigantescas columnas de

humo elevarse, el clamor de todos los presentes hacia Aquél que sabíamos que estaba por encima de lo que veíamos. En medio de esa oleada de temores solo le teníamos a Él como esperanza de que ese no fuera nuestro final.

Quedarse de pie en el patio de la iglesia no era una opción, así que la cerramos con llave y nos alejamos del origen de los proyectiles (a estas alturas ya nos habían dicho que era el campamento de Nkoantoma). La ubicación de la casa de cada uno fue un factor que obligó a algunos a no volver, al menos, por ese día. Otros vivían en zonas muy próximas a la costa, de modo que podían refugiarse ahí. No obstante, nada nos garantizaba que alguna parte de Bata fuese segura. El ambiente era inquietante. Nos encontrábamos con varias personas que, seguramente, abandonaban sus casas, alejándose en la misma dirección. No caían más misiles, por de momento. El humo se mezclaba entre el aire y se desvanecía, pero el cielo ya no era el mismo de hacía unos minutos. Recordé la historia de Sodoma, una de las ciudades que fueron destruidas mediante una lluvia de fuego y azufre a causa de su pecado. Pensé: “¿es eso lo que nos está pasando? ¿Dios nos está castigando?”

Era una tarde inusual, caótica, y sólo estaba comenzando... El camino por el que andábamos pasaba cerca del hospital La Paz. Decidí acercarme y pude ver una escena que me hizo llorar por dentro: la puerta del hospital estaba repleta de personas que necesitaban ser atendidas, todas ellas heridas de alguna manera. Vi coches trayendo más

personas que se hallaban en peores condiciones. Al otro lado de la carretera otras personas contemplaban la misma escena, tratando en vano de realizar alguna llamada. Vi unos cuantos coches dirigiéndose a la zona de la que ahora fluían restos de lo que fueron densas columnas grises. No quería ni imaginarme cómo sería el lugar en el que habían caído esos proyectiles. Continué corriendo hasta llegar a mi casa, situada en un terreno compartido con otras dos viviendas. Se trata de una parcela enorme, lo suficiente como para que se reunieran unas trescientas personas o más. Y no es un terreno llano, sino que es una cuesta que sube en dirección norte (casualmente, en sentido contrario al lugar del que todos trataban de alejarse). Sólo se puede acceder a él por cuatro caminos diferentes, siendo todos ellos caminos de tierra. Ahí me encontré con casi toda la iglesia y algunos vecinos del barrio. Me dijeron que no conocían lugar alguno en el que pudieran estar realmente a salvo. Por eso habían decidido quedarse a esperar que fuera lo que Dios quisiera. Supongo que no resultó fácil tomar esa decisión, sobre todo, porque el resto del barrio hacía justo lo contrario: huir. Más difícil fue convencer a los niños de que, en cuanto volviera a oírse el sonido que producían los proyectiles al pasar, que no trataran de escapar en la dirección opuesta.

Para apaciguar un poco los ánimos, mis tías y mi madre prepararon algo que pudieran comer todos. Pero primero tuve que arreglármelas para abrir la puerta de casa, que se había quedado

bloqueada por los primeros impactos. Una vez abierta, entraron en la cocina y prepararon arroz con verduras y pollo. Y todos nos sentamos a comer al aire libre porque, a pesar de estar en peligro, el hombre sigue necesitando comer. Parece mentira que en ese momento fuera más urgente matar el hambre que sobrevivir a esos temibles proyectiles, pero, en cierto modo, comer nos ayudaba a no pensar demasiado en eso. Me gustaría tener las palabras adecuadas para describir la mezcla de emociones que nos producía el simple hecho de permanecer sentados, conteniendo el irresistible impulso de escapar del vuelo efímero de aquellas máquinas de destrucción, sabiendo que existía una posibilidad real de morir. El tiempo parecía avanzar más despacio aquella tarde, al contrario que los misiles. Con frecuencia escuchábamos varias explosiones, pero lo peor era el silencio que las precedía. Si tuviera que resumir el panorama de aquella tarde en una frase, diría que “la muerte estuvo muy cerca de nosotros”.

La noche fue aún más aterradora. Extendimos unas sábanas sobre las que nos tumbamos para dormir, como si de un campamento de refugiados se tratase. El ruido de los misiles explotando hacía difícil cualquier intento de conciliar el sueño. Algunos habían cerrado los ojos simplemente para no ver nada más hasta que se quedaran dormidos. Otros tenían la mirada puesta en el cielo. Parecía el techo del infierno; daba miedo lo vulnerables que nos sentíamos al estar bajo él. Las nubes habían adquirido un tono rojizo, mucho más oscuro que el

arrebol del atardecer. Todavía puedo recordar cómo permanecí desvelado de madrugada, sentado en lo alto de la cuesta y mirando todo cuanto mis ojos podían abarcar desde esa posición. La lluvia de proyectiles continuaba, aunque no la pudiéramos ver. La podíamos sentir por los estallidos, que hacían vibrar el suelo de tal manera que las paredes de las casas se estremecían como cuando un trueno resuena persiguiendo un rayo en medio de la tormenta. Cuesta abajo, todos los demás yacían en sus lechos. Yo no podía dormir a la intemperie, esperaba con ansia el resplandor del amanecer. Pero el tiempo pasaba tan despacio que me ahogaba. “¿Cómo puede estar pasando esto?” Pensaba, sin dejar de mirar en dirección al horizonte, en el que parecía haberse desatado el infierno. Esa visión lejana me producía cierta inquietud y, al cabo de un rato, terminó por adormecerme. No era seguro estar dentro de mi casa, pero los mosquitos seguían trabajando esa noche también. Así que, rendido por el cansancio, descendí. Dejé a los demás reposando y me fui en busca de mi cama. Me recosté en ella mientras pensaba en todas las personas a las que quería volver a ver después de esa noche... con vida. Y así me despertaron al día siguiente.

El campamento de refugiados del día anterior había sido disuelto. La gente se había desplazado a casa de una hermana, cerca del paseo marítimo. En esa zona, muchos entraban y salían de los supermercados. Todo apuntaba a que la gente iba a abandonar la ciudad tarde o temprano. Volvíamos a

tener cobertura, así fue como nos enteramos de que algunos habían huido desde el día anterior en dirección hacia algún pueblo cercano. Las deflagraciones habían cesado, pero aún se podía palpar el miedo en el ambiente. Se debía en parte a rumores que circulaban en aquel momento sobre el hecho de que algunos de los proyectiles yacían en el lugar de su colisión sin haber explotado o que había otro aún más grande que podía dispararse o explotar en cualquier momento.

La gente no tardó en especular sobre las posibles causas de aquella catástrofe. Seguramente algunos llevaban desde el día anterior indagando sobre quién podía ser el responsable. No obstante, una cosa era cierta: ya no parecía seguro quedarse en Bata, por lo que, muchos salieron de la ciudad durante los días siguientes. Fue solo al cabo de una semana cuando mi familia decidió hacer lo mismo.

Hicimos nuestras maletas y partimos en dirección a Ebibeyin, una de las localidades del país más lejanas de Bata. A la salida de la ciudad tuvimos que pasar por el campamento de Nkoantoma, la zona del origen de todo. El aspecto que presentaba era desolador. Todos los edificios habían sido derribados, tan sólo quedaban los escombros repartidos por todo el campamento. Es terrible imaginarse todo lo que sufrieron aquellos que hace una semana estaban justo en el punto exacto en el que explotaron las bombas. Para ellos debió de ser como estar en el infierno.

Volvimos a Bata después de dos semanas, pasando por otra carretera. Entrando en la ciudad

pudimos notar ciertos cambios. En apariencia estaba casi igual, nadie que la visitara por primera vez ese día se creería esta historia. La mayoría de las personas esperarían ver más destrucción, carreteras agrietadas por los socavones que dejaría una lluvia de misiles y escombros esparcidos por doquier. Me imagino que cambiarían de parecer si pasaran por el campamento de Nkoantoma.

En el fondo, nada era como antes. Todos nos habíamos vuelto sensibles a cualquier sonido que evocara el recuerdo de las explosiones, las casas estaban tan tocadas que aparecían nuevas grietas... Incluso el tiempo había cambiado, las tormentas eran más violentas. Nuestro clima ya se caracterizaba por tener precipitaciones abundantes, pero en aquellos días la fuerza del vendaval se unía a la de la lluvia haciendo que ésta fuera aún más brava.

Recuerdo pasarme varias noches sin poder cerrar los ojos, escuchando el sonido del viento al soplar. Éste sacudía con tanta fuerza las ramas de los árboles que, de vez en cuando, arrancaba algunas de ellas. Asimismo, arremetía contra las ventanas, que se estremecían por sus embestidas, igual que las vigas de madera que componen la estructura del tejado.

Ha pasado un año desde entonces. Un tiempo bastante largo, que ha traído sus cambios, sus alegrías, sus penas... Un año después, seguimos recordando dónde estábamos esa tarde: sentados en un patio, escondidos dentro de casa, corriendo por las calles... Paso por algunas de esas calles todos

los días, de camino a clase o a otros sitios diferentes. Veo cómo las ventanas del edificio de la agencia San Valentín han sido reemplazadas, mientras que el espejo de la lavandería que está al lado del colegio SANE sigue roto. Todo esto me hace recordar el momento en el que empezó todo, la situación del COVID-19... Al final, llego a la conclusión de que para vivir algunas pesadillas no hace falta estar dormido y no puedo evitar preguntarme: “¿cómo sé que esta pesadilla se ha terminado?”

¿SEXO? ¿Y ESO QUÉ ES?
ÁNGELES IPO RASO

SEGUNDO PREMIO, MALABO



Estaba convencida de que mi vida sexual había terminado para siempre: “otra etapa superada”, me dije, resignada. Al fin y al cabo, la vida era eso, ¿no? Ir superando etapas, cerrando capítulos... “Pero otros nuevos se abren”, me apresuré a añadir para mí misma, imprecisa, en un intento de rechazar aquel pensamiento tan apocalíptico. La imagen que aparecía en mi mente de puertas cerrándose a mis espaldas hasta llegar a la última: la de mi ataúd, no resultaba muy alentadora. Lo cierto era, no obstante, que, sin marido, sin pareja estable, el sexo había pasado a ser un asunto menor en mi vida cotidiana. Y la verdad es que no lo echaba en falta. Pensaba que mi furor uterino —que lo tuve— se había disipado con la menopausia y los sofocos. No es que hubieran dejado de interesarme los hombres ni me faltaran los “pretendientes”, pero el que no lucía una hermosa barriga cervecera, era calvo —o ambas cosas a la vez—, fumaba puros, y su conversación no iba más allá del último partido de fútbol que había visto en la tele o las gracias de sus nietos.

Todos me parecían viejos, aunque tuvieran mi edad, pero es que yo estaba estupenda, si se me permite la inmodestia. Iba al gimnasio tres veces por semana, comía sano y mantenía una buena figura; tenía inquietudes culturales: asistía a cursos y conferencias, iba al teatro y a conciertos y formaba parte de dos clubes de lectura. No me quedaba tiempo ni paciencia para empolverarme la nariz, vestirme como un árbol de Navidad y salir a

la caza del macho —o lo que quedara de él— como hacían algunas de mis amigas. Aunque tampoco me faltaban los jóvenes admiradores, muy jóvenes, he de aclarar. Y no se me escapaba que a esos solo les atraía el morbo de echar un *quiqui* con una mujer madura; el sueño erótico de cualquier adolescente. Por otra parte, fuera del sexo, ¿de qué podría hablar yo con una criatura que se asombraba al descubrir que Paul McCartney había formado parte de los Beatles, aquel grupo musical prehistórico del que oyeron hablar a sus padres alguna vez? Sí, lo confieso, con los años me había vuelto muy exigente y tenía claro que estaba mejor sola que mal acompañada. A mí los que me gustaban eran los *cuarentañeros*, esos que todavía lucían un bonito cabello salpicado de seductoros canas, con incipientes patas de gallo que les otorgaban un semblante risueño y les hacían irresistibles cuando sonreían. Sí, las mismas patas de gallo contra las que luchamos las mujeres desde los treinta para que no delaten nuestra edad... Pero, para ellos, lamentablemente, yo era del todo invisible. A esos galanes de mediana edad, que contemplaban con terror la sombra alargada de la *pitopausia* asomando por el horizonte de sus vidas, solo les atraían las jovencitas. Recuerdo una tarde de primavera, yo estrenaba un vestido precioso que me había comprado en las rebajas y que me sentaba como un guante; salí de casa con la cabeza alta, segura de mi misma, observé de reojo mi propio reflejo al pasar ante un escaparate y sonreí complacida: estaba divina. Entonces vi a un

hombre bastante atractivo que venía en sentido contrario y me dedicaba una sonrisa con expresión admirativa, mi ego subió varios enteros de forma inmediata y le devolví una risita nerviosa, coqueta. Ya no estaba tan acostumbrada como antes a despertar el interés de los hombres por la calle, y tenía que admitir que algo que me había molestado tanto de joven se convirtió, en la madurez, en una suerte de halago silencioso, por lo infrecuente, y lo agradecía como un perrillo una caricia. El caso es que el hombre pasó junto a mí y no pude evitar echarle una ojeada por encima de mi hombro, con disimulo. El alma se me cayó a los pies en décimas de segundo cuando descubrí al individuo dedicando un pase torero, con «ole» incluido, a una chavalita que caminaba justo detrás de mí ataviada con una minúscula faldita, que más bien parecía un cinturón ancho, y que dejaba al descubierto unas piernas larguísimas, conjuntada con un top también escaso de tela, que permitía admirar un estómago odiosamente plano adornado en su centro —o sea, el ombligo— con un delicado *piercing*. La expresión bobalicona de aquel tipo la había provocado ella, ¡no yo! La chica se limitó a dirigirle al tío una mirada desdeñosa y pasó, altiva, por detrás de mí, que me había detenido en el colmado pakistaní de la esquina y tenía la cabeza prácticamente hundida en una caja de fresones —muy baratos, por cierto—, del chasco que me había llevado; lo que me permitió comprobar que la sílfide superaba mi estatura en varios y humillantes centímetros —no sé qué comen las chicas de hoy

para crecer tanto— o, a lo mejor, era que yo me había encogido de repente confiando en que el suelo se abriera a mis pies en cualquier momento y me tragara con vestido nuevo y todo. Pero, en fin, son cosas que pasan y, al rato, me estaba riendo de la anécdota con mi amiga Silvia ante una jarra de cerveza.

—Bueno, ¿qué más da? —decía ella, pragmática—. Si luego tampoco quieres seguir adelante con ninguno porque te da pereza hasta desnudarte, como me has dicho muchas veces.

—Es verdad —reconocí.

—Y, además, a ver cómo te libras después del pollo en cuestión. Porque yo ahora sería incapaz de dormir con un tío roncando a mi lado toda la noche. ¡Ay! ¡Quita, quita! Que estamos muy bien así.

—Sí... —admití sin mucho convencimiento.

En verano me fui de vacaciones a Italia. ¡Ah, Italia...! ¡Los italianos...! Allí la edad no importa, todos tienen un piropo, una sonrisa, unas palabras amables que dedicar a una mujer. Un día, mientras admiraba la caída de la tarde sobre el Coliseo romano, saboreando un capuchino en la terraza de un bar, se me acercó un hombre; tendría unos treinta y pico, se llamaba Paolo y era guapísimo. Charlamos un rato y me invitó a cenar; bebimos, nos reímos, paseamos por las calles de la ciudad eterna y, tras echar una moneda en la Fontana de Trevi, me besó; me dijo que ese era el deseo que había pedido: besarme. Yo me derretía como una

de aquellas deliciosas gelatinas de su tierra y me dije: ¿por qué no? Estaba de vacaciones y me había dejado las inhibiciones en casa. Me llevó a un pequeño apartamento, me sirvió una copa y me desnudó con urgencia. Cuando su ansioso miembro penetró en mí, el encanto se rompió de súbito y sentí como si mil cuchillos atravesaran mi vagina; ¡el dolor era horrible!, pero no me atreví a decir nada, me daba vergüenza, y aguanté como pude. Durante varios días hacer pis se convirtió en una auténtica tortura. ¿Qué me estaba pasando? ¿La falta de uso me había devuelto la virginidad?

Cuando regresé a casa le conté a Silvia lo ocurrido y me aconsejó que me comprase un consolador, «para practicar tranquila a solas», me dijo; y, ni corta ni perezosa, me arrastró a un sex-shop del que no recuerdo nada en absoluto porque no me atreví ni a levantar la cabeza y, después, con la misma resolución, me llevó a la farmacia a comprar una crema especial. Me dio las instrucciones que consideró oportunas y me envió para casa a cumplir con mi delicada misión. Yo me lo tomé muy en serio y practicaba a diario, y debo reconocer que le cogí el gusto al asunto. Aquella «cosa» era suave y agradable y se adaptaba a mi cuerpo y a mis deseos a la perfección, no como la taladradora de Paolo. La práctica exhaustiva me devolvió la confianza en mí misma y en mi sexualidad; lo que me vino muy bien, porque algún tiempo después conocí a David, un divorciado de mi misma edad que está de muy buen ver y tiene la cabeza perfectamente amueblada. Ahora es con él

con quien practico, y me he dado cuenta de que el sexo es como las pipas: cuando empiezas a comer ya no puedes parar.

MALDICIONES EN CADENA
CRISTINA NCHAMA NTUTUMU NDONG

TERCER PREMIO, BATA



Tener cuatro hijos, sin trabajo, sin marido y sin dinero es muy pesado, lo entendí bien cada vez que mi madre entraba por la puerta quejándose de todo: de su vida, de ella y de nosotros. A veces, le costaba mantenernos. Con frecuencia comparaba su vida con las de los demás y, entonces, veía la suya como una maldición. Se quedó embarazada de mí con solo dieciséis años y sus padres la enviaron al pueblo, dejaron de interesarse por ella. Mi madre misma se vino a la ciudad de nuevo para contactar con el padre de su hija, pero él no puso nada de su parte y, desde ese momento, ella entendió que estaba sola y así se entregó a los destajos y a la calle sin pensárselo dos veces.

Tuvo a sus otros tres hijos muy seguidos. La vida no la había sonreído mucho y de eso se culpaba a sí misma por no haber hecho una buena elección. Muchas tardes mi madre nos cantaba la historia de cuando era adolescente, se la veía muy arrepentida del camino que había elegido. Ahora las cosas iban muy mal: había que pagar la casa, la luz, completar la matrícula, cubrir los gastos, etc. Era una lista interminable que se resumía en dinero. Yo quería ayudar a mi madre de alguna forma, pero no lo lograba. Ella me decía que mi trabajo era únicamente estudiar y cuidar de mis hermanitos. Cumplía con la parte de cuidar a mis hermanitos, pero en concerniente a estudiar no podría decir lo mismo: faltaba mucho a clase, ya sea por dinero de transporte, la matrícula incompleta o por quedarme a cuidar de mis hermanitos cuando mi madre tenía que pasar mucho tiempo en un destajo. Los

destajos y los muchos amantes de mi madre eran su fuente de ingresos. Pero ni siquiera con esto alcanzaba la mitad de lo que necesitábamos. Lo bueno de mi madre es que era fuerte y no le costaba hacer ningún trabajo. A pesar de tener tantos destajos, el dinero seguía siendo insuficiente. Hasta que un día vino mi tía a visitarnos, al parecer, nos tenía una buena noticia, pues, resulta que le había conseguido un trabajo a mi madre. El trabajo era de moza. Según los detalles de mi tía, en la casa no había mucho que hacer y la paga era 100.000 FCFA por mes. A mi madre le alegró recibir esta información y al día siguiente se fue a su nuevo trabajo.

Este empleo, para nosotros, era una señal de prosperidad. Mi madre volvió a las cinco de la tarde del trabajo, la noté muy cansada, le pregunté cómo le había ido y solo movió la cabeza de izquierda a derecha en señal de negación. Describió ese trabajo negativamente: la casa era grande, había mucha gente, muchas tareas que hacer, se trabaja de lunes a domingo y el horario era muy malo; de las 8 de la mañana a las 5 de la tarde. Lo que le tocaba cada final del mes era poco en comparación con lo que tenía que hacer, pero, aun así, ella no pensaba renunciar y, por suerte, su jefa había aceptado que pudiera llevar a los niños al trabajo.

Al final, mi madre renunció a todos los destajos que tenía, porque su nuevo trabajo no le permitía ocuparse de otras labores, de sus amantes y de nosotros. Las cosas iban bien, por ahora. Mi madre cubría los gastos y nuestras necesidades.

Todo empezaba a sonreírnos hasta que un día la culparon de haber robado 200.000 FCFA y la despidieron del trabajo. Entonces, todo volvió a ser peor que antes.

Mi madre ya no tenía ninguna ocupación, teníamos que empezar otra vez de nuevo. Ahora mi madre estaba más desesperada que nunca, sin trabajo, sin dinero y sin marido. Los días avanzaban y nosotros empeorábamos en nuestra pobreza. Mamá no encontraba trabajo, cada vez se le hacía más difícil maternos vivos.

Pasé un buen tiempo sin ir a clase, mis hermanitos también se pusieron enfermos y todo eso era demasiado para mi madre.

Un día salió muy temprano y a su regreso trajo a un hombre, se detuvieron a hablar justo en la puerta y, al cabo de cinco minutos, el hombre se fue y mi madre regresó contando cierta cantidad de dinero. En la tarde volvió a salir, regresó de noche con otro hombre y no era el mismo de la mañana. Al día siguiente volvió a salir y al regresar trajo a otro hombre y no era el de la noche, por la tarde trajo a otro, por la noche a otro y al día siguiente otro. Había noches que no dormía en casa y otras veces llegaba muy tarde. Llevaba todo el tiempo trayendo hombres a casa. Se cambiaba de hombres como las ropas del cuerpo. En su mirada podía ver una rabia muy grande como si quisiese vengarse de algo o de alguien, pero al mismo tiempo volvía a ver a esa triste mujer que solo quería seguir adelante. El dinero ya no era una preocupación,

porque todos esos hombres con los que salía se lo ofrecían.

Mi madre había cambiado mucho, ya no era la misma de siempre, actuaba muy distinto. Una vez descubrí que había estado realizando abortos y, en uno de ellos, casi se muere. Lo único que nos decía es que nosotros debíamos tener todo lo bueno que ella no tuvo. Traer hombres a casa se había convertido en el trabajo de mi madre, hasta que un día nos presentó a su nuevo novio, algo que nunca hacía. Éste se mostraba cariñoso con mis hermanitos, conmigo y con mi madre. Él era distinto a todos los que mamá había traído a casa hasta ahora.

Al día siguiente mi madre volvió a traerlo a casa, esa era la primera vez que mi madre traía a un hombre más de una vez. Ese hombre era amable. Al cabo de un tiempo se vino a vivir definitivamente con nosotros. Después de unas semanas mamá nos dijo que lo llamásemos "papá". Todos nos llevamos tan bien que, enseguida, formamos una familia. Nuestro nuevo padre trabajaba y ayudaba a mi madre sin quejarse, pero mi madre seguía con sus amantes, tanto que siempre lograba traer a uno cuando nuestro nuevo padre estaba en el trabajo. Pero un día, éste volvió del trabajo en una hora inesperada y justo en ese día y a esa hora mi madre estaba con otro hombre en casa. Nuestro nuevo padre los vio y se enfadó mucho, tanto que le pegó a mi madre.

Él ya no se parecía en nada al hombre que ya reconocíamos como nuestro padre. Al cabo de una

semana arreglaron sus diferencias, pero yo ya le tenía mucho miedo. Mi madre seguía sin apartar a sus amantes a pesar de todo. La llamaban, se veía con ellos, a veces los traía a casa, llegaba tarde, etc. Nuestro nuevo padre era muy celoso, por eso siempre que sospechaba de la infidelidad de mi madre discutían, peleaban, no se dirigían la palabra, etc., todos los días eran una guerra. El propietario de la casa que alquilábamos tuvo que hablar seriamente con mi madre para advertirle de las continuas peleas.

Transcurrieron unos meses y mi madre y su novio se lo pasaban peleando, tanto que se convirtió en algo normal para los vecinos, pero para nosotros era algo horrible. Llorábamos cada vez que se peleaban. Una mañana, cada uno de ellos salió muy temprano y yo me quedé haciendo las tareas con un compañero. Una vez que llegó el novio de mi madre supe que mi compañero debía irse. Al marcharse éste, él me acusó de traer hombres a la casa en su ausencia y, acto seguido, me propinó una paliza. Cuando mi madre regresó, él se adelantó y le contó su versión de los hechos y ella le creyó sin esperar a escuchar mi alegación; le dio la razón a su novio y ella acabó pegándome también. Entonces, mi miedo hacia ese hombre aumentó.

Un día, mientras mi madre no se encontraba en casa, mis hermanitos estaban jugando en el patio y yo estaba sola, entré sigilosamente donde estaba, en la cocina. Se puso a mirarme de una forma sospechosa, como si tuviese algo en contra de mí,

me asusté mucho. Otro día descubrí que había hecho un agujero en la pared de la cocina a través del cual me espiaba cuando dormía, cuando me bañaba o cuando me cambiaba. Quería contárselo todo a mi madre, pero o él me lo impedía o yo me callaba por miedo y vergüenza, y porque no sabía cómo podría reaccionar mi madre, no sabía si iba a creerme o le iba a creer a él como la otra vez.

Su comportamiento hacia mí había cambiado mucho: empezó a tratarme distinto, me guiñaba los ojos, me hacía gestos o señales con la boca, me hacía preguntas, pasaba más tiempo queriendo charlar conmigo de temas sentimentales. Pasó un buen tiempo comportándose de esa manera hasta que un día decidí hablar con mi madre y se lo conté todo, pero ella no se lo creía, decía que estaba exagerando y luego me aseguró que hablaría con él, pero, al final, no lo hizo; lo supe porque él seguía acosándome libremente, por lo que, me sentí desprotegida.

Un día volvimos a quedar solos, yo tenía pensado encerrarme en la cocina hasta que llegase mi madre, pero él llamó a la puerta y una vez que abrí entró rápidamente, cerró la puerta y no me dejó salir. Se puso a mirarme detenidamente, sus ojos se paseaban lentamente por todo mi cuerpo y yo empecé a temblar y a llorar, junté las manos en señal de súplica para rogarle que no hiciese lo que me imaginaba. Se puso a hablar de mi madre, de lo infiel que le era. Vi una furia en sus ojos y entonces supe con seguridad que iba a violarme. Quise gritar, pero él se apresuró más que mi voz y logró

taparme la boca. Me cogió del cuello con mucha fuerza, empezó a quitarme las ropas violentamente. Me sentí muerta. Vi pasar mi vida ante mis ojos mientras me violaba. Todo lo que había vivido hasta entonces era tristeza, pobreza y miseria. Ya no tenía fuerzas para luchar, las lágrimas descendían de mis ojos al pensar en mi madre, en mis hermanitos, en mí; quería morirme en ese mismo instante al darme cuenta de todo lo que realmente había sido de nuestras vidas. Mis ojos se cerraron y entonces llegó mi madre. Al abrir la puerta de la cocina vio lo que sucedía y, sin pensarlo dos veces, cogió un cuchillo y lo apuñaló en la espalda. Él se sobresaltó y reunió fuerzas para enfrentarse a mi madre, pero ya estaba muy débil. Mi madre no se demoró en volver a coger el cuchillo y apuñalarle tantas veces hasta acabar con su vida.

Yo estaba tirada en la cama, sangrando, desfallecida. Mi madre me cargó y se echó a llorar. Lloraba por todo: nuestra difícil vida, lo que nos había pasado y, ahora, este final trágico. Los vecinos fueron llegando y, una vez aparecida la policía, se llevó a mi madre.

Cuando amanecí en el hospital me dolía todo el cuerpo. Al despertarme pude ver a mi tía a mi lado, mi madre no estaba ahí, ni los niños. Al poco rato, mi tía empezó a contarme todo lo sucedido durante mi desvanecimiento: mi madre estaba en la cárcel, ella había matado a ese hombre. Me puse a llorar desesperadamente. En un instante recordé nuestra vida, todo lo que nos había pasado y solo

me daban más ganas de llorar. Aquel hombre nos había matado a todos, sentí que nuestra historia había llegado a su fin y, entonces, entendí que mi madre tenía razón, una mala elección puede hacer de tu vida una maldición en cadena.

**EL DESTINO DE ANIA
PETRA BRIGOL ARANDA**

TERCER PREMIO, MALABO



Dispuesta a lo que sea, decidió salir en busca de su suerte. Ella estaba cansada de aguantar años de maltrato físico y mental, segura de la decisión tomada resolvió darle comienzo a una nueva etapa de su vida. Desde la niñez vivió una vida de malos tratos y aprendió a salir adelante sola y sin ayuda. Vivía con su padre y su madrastra, una mujer de carácter fuerte que la maltrataba. Su padre era alcohólico y descuidado, un hombre que se conformaba con un par de botellas de *malamba*. Ella, quien perdió a su madre apenas comenzaba a conocerla, tuvo que aguantar a una mujer despiadada, egoísta, amante del dinero y destructora de emociones. De vez en cuando, la pegaba y, como consecuencia, en una ocasión, durante un ataque de desesperación, la niña se adentró en el bosque para suicidarse. Al principio, estaba segura de su viaje, pero a medida que se metía en el bosque, más miedo y reconcomios profundos inundaban su mente. Escuchaba ruidos que no sabía de dónde venían, ni de qué animales eran. Lejos de su aldea, dentro del bosque, decidió parar a descansar. Se sentó sobre el tronco de un árbol y rompió a llorar con toda la tristeza del mundo. Lloró y lloró hasta agotar las lágrimas de sus ojos, cuando de repente escuchó:

—¿Por qué lloras? —dijo una voz desconocida.

Se paró a buscar quién le hablaba y no llegó a advertir la presencia de ninguna persona. Le entró el pánico. Se dispuso a seguir con su llanto cuando de repente:

—¿Qué haces aquí? —dijo una voz que salía de entre las malezas—. No deberías estar aquí. Estás creando disturbios en este lugar tan tranquilo y es mejor que te vayas antes de que el espíritu diabólico del bosque venga a por ti. ¡Vete! —le gritó.

Ella, sin vacilar, salió corriendo y se fue de ahí. De camino de vuelta a casa, se detuvo de repente al escuchar una voz que desconocía. Asomó detrás de un árbol y vio a un hombre joven que al parecer estaba entablando una conversación con alguien al que ella no llegaba a ver. Creía estar viviendo una broma de mal gusto, pero no. No había nadie allí. Y, sin más, el joven desapareció. Ella, con el susto que tenía, salió como alma que lleva el diablo y prometió jamás volver a entrar en el bosque.

La experiencia que tuvo aquella tarde marcó su vida, años después, habiendo ya cumplido la mayoría de edad, y tras marchar de casa la madrastra, Ania, una joven preciosa, de color chocolate oscuro, piel fina y radiante como el brillo de la noche; con una voz fina y educada que, caminando por las calles, era motivo de distracciones y halagos, pero era muy modesta. Una tarde, mientras caminaba, se dio cuenta de que alguien la seguía, se giró y vio que detrás de ella venía un hombre joven siguiéndola.

—Hola. ¿Te acuerdas de mí? —le dijo.

—¿Tú quién eres? ¿Qué quieres?
—respondió ella sorprendida.

Ania no lo conocía y, por consiguiente, siguió su camino.

—Hace años te fuiste al bosque y me estuviste espiando, sin embargo, no es momento de hablarte de eso —le dijo el apuesto joven—. Llevo años buscándote, te vi aquel día en el bosque, dime ¿qué hacías tú sola en un bosque peligroso como ese? —preguntó el desconocido.

Ania no entendía todo aquello, porque no se acordaba de aquel día, ni de a qué bosque se refería el desconocido. Sin embargo, al notar la insistencia del joven, le reconvino.

—Oiga, no sé qué quieres —dijo Ania—, pero te aseguro que no podemos hablar ahora, me tengo que ir —prosiguió Ania.

Abandonó la conversación y se marchó. El hombre joven insistía en retenerla, pero ella se marchó. Días después, Ania deseaba ver al desconocido. Quería descubrir quién era él y de dónde venía. Una mañanita llena de neblina, con un ligero frío matutino, en el que unas gotas finas de agua de la llovizna de anoche decoraban las ligeras ráfagas de aire húmedo, Ania estaba delante de su casa trabajando cuando el joven la sorprendió:

—Hola, Ania. Te extrañé —le dijo con una sonrisa.

Ania recibió instintivamente el calor jovial del saludo y se alejó inmediatamente con una sonrisa cautivadora sin poder disimular.

—¿Qué haces aquí? —siguió con una pregunta misteriosa.

—Mi nombre es Omal. Vengo de muy lejos a buscarte. Hace tiempo que te estaba solicitando, te conocí en el bosque —dijo el joven.

Omal la tomó de la mano y le pidió que confiara en él, que no pretendía hacerle daño. Entonces, al escuchar esas palabras, Ania se sintió más cómoda y decidió confiar.

No se despidió de su padre y se marchó con el joven Omal. Después de caminar un par de horas, llegaron al pie de un árbol y se detuvieron para hablar. Resolvieron todas sus inquietudes. Pero Omal le dijo algo inesperado:

—El día que entraste en el bosque liberaste, sin darte cuenta, un espíritu maligno que se hallaba prisionero. Hace tiempo, mi gente utilizaba una especie de ritos para tener recluido a este espíritu maligno en la prisión. Él se alimentó de tu sufrimiento y dolor y, ahora, inquieto, te está buscando con el fin destruirte para siempre y llevarse tu alma. Yo debo ayudarte a atraparlo y devolverlo de nuevo en la prisión de la que nunca debió salir.

Ania tuvo mucho miedo, se puso muy nerviosa y comenzó a derramar lágrimas. Se preguntaba por tamaña desdicha y, agotada de tanta incertidumbre, se arrepintió de haber provocado la ira de aquel malvado espíritu que estaba preso en el bosque.

Omal se ofreció a ayudarla en todo. La joven se quedó helada, su rostro reluciente se transformó en una máscara de ébano; entonces, viendo esta situación tan amarga, Omal la abrazó fuerte, con

ternura y, susurrándole al oído, dijo: estaré a tu lado, no te abandonaré, lucharemos juntos para vencer al demonio. Si no te hubieras adentrado en el bosque no te habría conocido.

Sin darse cuenta, Ania estaba mirando a los ojos penetrantes de Omal, con el clima acogedor del momento y una leve brisa, acarició la comisura de sus labios mientras los dos se juntaban como dos almas gemelas entre el vaivén armónico de una pasión clave en un deseo parsimonioso. Fue un momento especial en el que ambos se sintieron cautivados por un sentimiento inexplicable. Ella se veía sumergida en un océano de inmensas sensaciones, sentía mariposas en el estómago que revoloteaban con elegancia. Omal solo podía amarla con la nobleza de un amor infinito; sentía por primera vez el deseo de amarla, de amarla con ternura, cuidar de ella como nadie podía hacerlo.

Después de una velada que se quedó marcada por la frescura del anochecer, Omal acompañó y dejó a Ania en la estación más cercana a su casa, se despidió de ella con la alianza de aquel beso inolvidable.

Aquella noche sucedió algo inesperado, mientras dormía Ania, comenzó a percibir un olor nauseabundo y desagradable, eso la despertó. Detrás de su casa se escuchó un ruido ensordecedor y un olor a putrefacción. Ella, asustada, se asomó por la ventana y pudo ver cómo una sombra con forma humana deambulaba alrededor de su casa. Inmediatamente se aterrorizó y su cuerpo quedó helado. Una gota desesperante de sudor bajó por su

frente cargada de miedo. El fantasma mencionó su nombre, ella se asustó al escucharlo. Desconocía la razón por la cual aquel ser irracional pronunciaba su nombre. Al no hallar la respuesta y, mientras pensaba en una solución desesperadamente, el espectro golpeó con fuerza la ventana y se subió al tejado de la casa, a la vez que daba golpes para entrar en la vivienda. El forcejeo del monstruo hizo que parte del tejado cediera y éste consiguió entrar. Inmediatamente, Ania se escondió, trató de evitar que su respiración la delatara, pero el espíritu maligno descubrió su paradero y la sacó arrastras. Cuando ya la tuvo delante, dispuesto a matarla, entró Omal y, de un bolso colgado a su cuello, sacó un huevo y lo rompió contra el suelo, lo mezcló con unas hierbas que trajo y las lanzó al espíritu. Éste, inmediatamente, desapareció del escenario.

—Esto es un conjuro para alejarlo de aquí —le dijo Omal un poco debilitado por la fuerza del conjuro—. Volverá a por ti. Tenemos que irnos de aquí, Ania —aconsejó el joven.

Pero, antes de marcharse, se despidió de su padre, quien, al parecer, no había sentido nada de lo sucedido. A la mañana siguiente se despertaron al pie de un árbol en el bosque. Les despertó el crepúsculo de un sol radiante y acogedor y un ambiente orquestado por el canto de los pajaritos.

—Ania, despierta. Tenemos que seguir nuestro viaje —la despertó Omal jadeante.

Después de dos lunas entraron en una ciudad preciosa. La gente era amable. Caminaron por varias callejuelas hasta que llegaron a una casa,

entraron y se encontraron con un hombre llamado Jont y con una anciana llamada Zebel. Jont era hombre muy barbudo, tosco y poco sonriente. No hablaba mucho y era cuidadoso.

—Estamos en la casa del adivino donde podemos hacer preguntas para solucionar nuestro problema —dijo Omal con un tono preocupado—. ¿Estás dispuesta a seguir adelante? —preguntó con incertidumbre.

Ella confiaba en él y aceptó hacer lo que fuera para salvarse.

Al día siguiente hicieron el rito que la ayudaría alejar al espíritu diabólico de ella y permitir a Omal aprisionarlo de nuevo en el bosque. Reunieron todo lo necesario e indispensable para la misión y se dispusieron a marcharse de la casa del adivino Jont y Zebel, quien se quedó por el bien de su salud.

Los dos hombres y la joven emprendieron el viaje hacia el bosque en busca de la guarida prisionera del espíritu diabólico. Los tres iniciaron la marcha por un sendero poco transitado. Al principio, todo estaba tranquilo y agradable y los tres aprovecharon para organizarse y planificar la misión, pero mientras más días pasaban, más pesado se hacía el viaje. Los tres llevaban dos días caminando y al tercero fueron atacados por un jabalí hambriento, lo mataron y les sirvió de alimento.

—En la noche no te he visto en buenas circunstancias, sin embargo, agradezco mucho la

suerte de ello —pronunció Ania como si fuera el último suspiro de despedida.

Omal se quedó sorprendido y perplejo, le tomó la mano derecha y se la acarició con ternura. Se quedó pensativo y, sin más palabras, ella se durmió y él también hizo lo propio a continuación; cansado, se tumbó al lado de su amada.

A la mañana siguiente recogieron todas sus pertenencias y empezaron a caminar de nuevo. Se adentraban más en el bosque virgen, un lugar más oscuro en medio de grandes y frondosos árboles. El bosque era frío y húmedo, oscuro y aterrador. No se escuchaba el trino de los pajaritos ni el ruido de animales salvajes, quizá había otros seres espeluznantes que se escondían en las grutas. Mientras caminaban, oían rugidos y solo conseguían ver diminutos ojos llameantes de algún animal salvaje y árboles sin hojas con figuras de monstruos. El viejo estaba delante como guía.

Ellos llegaron al lugar donde estuvo prisionero el espíritu maligno. Al darse cuenta de la visita de los humanos, éste apareció rodeado de un rebaño de animales horribles que olían a putrefacción. Los animales atacaron a matar, pero los dos hombres estaban armados. Un animal muy furioso embistió a la joven. Ella, toda desesperada, le clavó un cuchillo que llevaba. Mientras tanto, Omal y Jont seguían luchando contra los seres diabólicos. La joven subió a un árbol de copa ancha que resbalaba como si se le hubiera untado aceite al tronco y, consecuentemente, se cayó. El espectro infernal comenzó a acercarse dispuesto a acabar

con ella. Cuando este demonio estuvo a punto de atraparla y aspirar su alma, el viejo sacó su machete dispuesto a cortarle la cabeza, pero no lo logró, porque el monstruo lo esquivó dándole un golpe brutal. Jont se cayó inconsciente. El joven Omal quitó de su bolso un trozo de madera rodeada de un hilo negro, un huevo de gallina y la pluma de un ave que tenía colgada en la boca. Él seleccionó tres árboles como punto de referencia y los marcó. Enseguida consiguió un triángulo que atrapó al espíritu. Se formó el triángulo espiritual entre dos mundos: el bien y el mal. Una vez conseguido unir los vértices del triángulo, Omal rompió el huevo contra el demonio, dio tres palmadas y alzó los ojos al cielo y dijo con mucha fuerza: “¡espíritu diabólico de las tinieblas, yo te condeno a tu encierro eterno y te devuelvo al lugar de donde procedes!”

Al terminar de recitar la frase mágica los tres árboles prendieron fuego y el diablo comenzó a gritar de dolor. Enseguida, Omal, quien sabía lo que ocurría, se arrodilló e hizo una plegaria. Levantó a Ania del suelo y la abrazó. El anciano se irguió del suelo también, cansado y herido. Por fin, consiguieron destruir el mal espíritu de Ania.

Días después estaban de vuelta en casa, descansaron, repusieron fuerzas y sanaron las heridas.

—Ya es hora de volver a mi hogar —dijo Ania con tristeza.

Ambos se despidieron de Jont y Zebel. Les agradecieron por toda la ayuda y volvieron al pueblo de Ania. Pero, lamentablemente, Ania encontró a su padre muerto. Con toda la tristeza lo enterró y se despidió de él. Los vecinos le echaban la culpa por la muerte de su padre, por lo que, decidió marcharse de aquel poblado. Se fue de ahí dispuesta a rehacer una nueva vida junto a su amado.

Y así fue, Ania se marchó de aquel poblado que solo le había traído pesares y angustias, con la fe de que a lado del joven Omal su dicha sería buena.

Impreso en Miyoman, Bata, diciembre 2022



BATA
MALABO

